



El ojo castaño de nuestro amor



MIRCEA CĂRTĂRESCU

*Traducción del rumano a cargo de
Marian Ochoa de Eribe*



IMPEDIMENTA



Título original: *Ochiul căprui al dragostei noastre*

Primera edición en Impedimenta: marzo de 2016

© Mircea Cărtărescu, 2015

Copyright de la traducción © Marian Ochoa de Eribe, 2016

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2016

Juan Álvarez Mendizábal, 34. 28008 Madrid

<http://www.impedimenta.es>

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.

Diseño de colección y coordinación editorial: Enrique Redel

Maquetación: Cristina Martínez

Corrección: Susana Rodríguez

ISBN: 978-84-16542-32-1

Depósito Legal: M-6824-2016

IBIC: FA

Impresión: Artes Gráficas Cofás

Impreso en España

Impreso en papel 100% procedente de bosques gestionados de acuerdo con criterios de sostenibilidad.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ADA-KALEH, ADA-KALEH...

... Como si, al escribir, cada línea que trazo en la página con el bolígrafo se cubriera de moho y cada página que dejo atrás, cubierta con mi escritura, se abarquillara, amarilleara y se retorciera como una hoja seca. Pero yo seguiría escribiendo igualmente cada vez más rápido, para que no me alcancen el desastre y la desgracia.

... Como si, al releerme, cada fotón que choca contra mi página, rebota y atraviesa mi retina envejeciera sobre la marcha, se arrugara como un grano de pimienta y, en lugar de luz, brotara de él un polvo sofocante, como el polvillo de las alas de las mariposas muertas, clavadas con un alfiler oxidado en el insectario.

... Como si, al comer, la cuchara en la que la sopa gira lentamente, arrastrando en su giro un fideo, se oxidara en

el trayecto del plato a la boca, se corroyera y cayera convertida en migajas de óxido sobre la Holanda pura del mantel, y solo una bola de sopa, blanda y en continua remodelación, siguiera levitando en el vacío hasta llenarse también ella de gusanos y tijeretas.

... Como si, al hacer el amor, los billones de barquitos de papel liberados por mi vientre penetraran en el vientre de mi esposa, en el interior de una geografía desconocida y extraña, atravesaran gargantas terribles, cataratas implacables, naufragaran en tierras llenas de conchas, se precipitaran por las trompas traslúcidas, ardieran al rozar las paredes y fueran atrapados por seres sin ojos hasta que un solo velerito se detuviera en las aguas tranquilas que rodean la abrumadora, redonda fortaleza. Y allí, bajo un cielo de tormenta, esperara la ruina, la ruina total, la ruina ilimitada. No ha quedado ni una piedra de aquella ciudadela ovariana.

... Como si los puentes se derrumbaran a mi paso.

... Como si las estrellas explotaran después de caer dormido.

... Como si nuestra memoria fuera un osario.

... Como si nuestra mente fuera una campana resquebrajada.

Recuerdo todavía hoy el olor del cuadro de la isla de Adakaleh. Cuando saltaba en la cama, aquella isla verde, con un minarete verde pálido, saltaba también arriba y abajo, y la mujer turca del primer plano levitaba unas veces en el verde un tanto chillón del Danubio y, otras, en el azul

viscoso del cielo. Los primeros días, aquel olor a óleo inundó mi pequeña habitación y, cuando abría la ventana, veía literalmente cómo se derramaba y caía en cascada a lo largo de los cinco pisos de rugosos módulos prefabricados. Era asqueroso y, sin embargo, agradable, como tantos otros olores, el de la gasolina y el de la ebonita, el de la hoja de nogal y el del caucho natural, incluso como el olor a gatos muertos en el patio de la parte trasera del bloque. La pintura no estaba seca todavía: había clavado la uña en ella unas cuantas veces, se hundía como si fuera mantequilla, hasta que me pilló mi padre y me propinó la habitual tunda con el cinturón. Al fin y al cabo, el cuadro había costado veinticinco *lei*, demasiado para una familia obrera que se acababa de mudar a la calle Ștefan cel Mare y que había empezado a decorar el pequeño apartamento de acuerdo con sus posibilidades. El edificio no estaba rematado aún, lo rodeaban zanjas enfangadas donde se colocarían los tubos del alcantarillado; tampoco el ascensor estaba instalado en el hueco vertiginoso, pero mi familia se puso manos a la obra. Pintaron primero las paredes con un rodillo de goma que tenía un motivo diferente para cada habitación —ramitas marrones, bellotas rojizas, palmeras melancólicas en mi cuarto... Después los salpicaron con chispas de mica—, trajeron algunos muebles cedidos por los parientes y compraron incluso una radio maciza, con un ojo mágico que se iluminaba, verde fosforescente, cuando pulsabas la tecla de encendido. Tenía terminantemente prohibido jugar con la radio, pero en las largas horas de sobremesa, cuando me obligaban a dormir la siesta, golpeaba las teclas sin cesar, las pulsaba de tres en

tres, hacía girar sus botones chatos, fabricados en el mismo plástico duro y semitransparente, hasta que la aguja del dial se deslizaba de Berlín a Varsovia y luego a Moscú por la pantalla incrustada en una tela áspera. Me gustaba sobre todo contemplar las profundidades de aquel ojo verde que se tornaba más intenso, como una piedra preciosa, a medida que el aparato se calentaba. Un día, mientras escuchaba teatro radiofónico en sordina, aguzando los oídos para captar el más mínimo ruido en el comedor (mi padre, con su media de señora en la cabeza para mantener el pelo sujeto hacia atrás, podía aparecer en cualquier momento para comprobar si yo dormía), llamó alguien a la puerta. Oí voces, entre ellas la de una mujer desconocida, algo que sucedía muy raras veces en el pequeño mundo de vecinos de nuestro bloque. Solían llamar a nuestra puerta algún penitente que agitaba unos folletos que siempre decían lo mismo: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida», alguna gitana que cambiaba cazuelas o platos por ropa vieja, regateando sin cesar y, en torno a Año Nuevo, el pope con el hisopo al que mis padres no recibían nunca; se limitaban a gritar desde el otro lado de la puerta: «¡No abrimos! ¡Nosotros tenemos otras creencias!». No venía nadie más aparte de, naturalmente, la tía Vasilica, la hermana de mi madre. Pero yo conocía bien su voz melosa. Llevado por la curiosidad, me levanté de la cama, me contemplé un instante en el espejo (un chaval delgadito de nueve años, en calzoncillos, me miró a los ojos negros) y salí al pasillo que comunicaba las habitaciones. Entreabrí la puerta y fisgué el comedor. Sentada a la mesa había una mujer tan vistosamente vestida que mis padres, a su lado, parecían

maniqués de un polvoriento almacén de ropa; eran casi invisibles. La mujer removía la cucharilla en la ineludible mermelada de guindas y hablaba sin parar. Había extraído de una bolsa grande unos trozos de cartón que movía ante las narices de mis padres. Qué rara era: toda una «señora», muy distinta al resto de las madres del edificio, siempre sudorosas en los fogones, siempre con un trapo en la mano para espantar las moscas. Sus ojos, azules, brillaban entre las pestañas cargadas de rímel y, entre los labios pintados, asomaban los dientes con una leve huella de carmín... Me habría acurrucado en su regazo, con mis calzoncillos rotos, habría abrazado su cuello con mis brazos morenos y habría permanecido así, mejilla contra mejilla, con los ojos brillando en la penumbra de la habitación...

Era pintora, me explicó mi madre después de la siesta. Les había mostrado varios modelos de cuadros de los cuales eligieron tres: unas flores para el comedor, una yegua con su potrillo para el recibidor y... ¡la isla Ada-Kaleh para mi habitación! ¿No era maravilloso? También nosotros tendríamos cuadros de verdad y no fotos de gatitos recortados de las revistas o tapices con dos niñitos besándose, como todo el mundo. A mí, que me pasaba las horas muertas contemplando las palmeras brillantes de mis paredes como si fueran un milagro, me costaba creérmelo. Sobre mi cama iba a aparecer (al cabo de una semana) un cuadro de verdad, con un marco dorado y objetos bellamente pintados en su interior, algo que solo había visto en casa de Lucian, el hijo del oficial de la Securitate.

Durante varios días, la casa se impregnó del olor de los cuadros recién pintados. Las flores y los caballitos no

me interesaban un pimiento. El mío era el de la isla Ada-Kaleh, que, junto con las palmeras y el enorme aparato de radio, constituía para mí un mundo fantástico. Lo contemplé hasta quedarme ciego, lo toqueteé con los dedos e incluso le di un lametón. Llegué a conocer cada una de las pinceladas de aquel rectángulo de marco dorado. Los otros estaban protegidos por un cristal, pero el mío, no sé por qué, no tenía. En la esquina de la derecha, abajo, había una firma que no conseguí descifrar. «Ada-Kaleh, Ada-Kaleh...» Era una canción de la radio, por eso conocía ese nombre. La ponían casi todos los días. La interpretaba una mujer en tono suave y voluptuoso. Tenía que ser turca porque también la isla de Ada-Kaleh, decía mi madre, estaba habitada por turcos. Era una isla del Danubio en la que mi madre, por supuesto, no había estado nunca pero de la que hablaba como si formara parte de su pasado. Sin embargo, para mí era una isla de música solidificada, una palabra cantada a veces con tanta intensidad que el hilo melódico, fino y elástico, atravesaba las paredes y se extendía hasta nuestro barrio obrero, derriñendo los bloques húmedos y traslúcidos de la fábrica de hielo, enredando los hilos en los telares de la fábrica textil Donca Simo, oxidando las prensas y los tornos de los talleres de la CFR¹ y haciendo estallar los sifones azulados del gigantesco aparato giratorio de la sifonería de la esquina.

De tanto mirar —saltando en la cama— el cuadro de la pared, empecé a soñar por las noches con un paisaje

1. Empresa nacional de transporte ferroviario. (*Todas las notas son de la traductora.*)

mirífico, tal vez el más sorprendente de cuantos se les ha concedido ver a mis ojos o al ojo más grande bajo el párpado de mi cráneo. Era el Danubio, pero no el río abstracto que había estudiado en la escuela, sino una corriente de aguas mezcladas, de mechas verdes y azules, de varios kilómetros de ancho hasta donde se perdía la vista, y que discurría entre cinchas de piedra con una furia espantosa. Una catarata horizontal, sin principio ni fin, turbiones de cristal líquido y gotas macizas, rígidas, de cristal incandescente, una inmensidad de río onfálico, de río que se precipita desde la luna o desde la esfera fija de cuarzo de la bóveda celeste. Aguas gorjeantes y efervescentes abalanzándose sobre su presa como millones de cocodrilos transparentes, de lucios hialinos, de barbos con huevas de viento. Aguas estranguladas y pulverizadas por peñascos en forma de niños de piedra cuyas coronillas arañan el cielo. Era el Danubio en Cazane; no lo había visto nunca, pero lo reconocí de inmediato cuando lo vi por fin, desde el tren, veinte años después. Solo que en aquel sueño emblemático, entre las aguas turbulentas se elevaba —como un feto extraño en un océano amniótico— una lengua de vegetación con una mezquita y un minarete.

Quería averiguar más cosas sobre mi isla, así que pregunté, sucesivamente, a la vendedora de caramelos y galletas de la tienda de ultramarinos, al mutilado del quiosco de prensa, a mis amigos de la parte trasera del bloque, a los trabajadores de la panificadora «El Pionero». Todos la conocían, Ada-Kaleh era para ellos un órgano vital, una especie de páncreas imaginario o incluso un corazón, pero nadie la conocía al detalle, como tampoco sabes, de

hecho, qué aspecto tiene tu páncreas o si cada uno de los huesos de tu cuerpo presenta un color diferente. Una isla del Danubio, habitada por turcos, y una canción.

Estábamos en 1965. En la casa de mi abuelo, en el pueblo, encontré, escondidas tras una viga, en una caja de *halva*, un puñado de monedas grandes y pesadas de plata. En ellas aparecía una cabeza con patillas y corona. Alrededor ponía: «Rey Ferdinand». «Mamá, ¿quién era el rey Ferdinand?», le pregunté a mi madre, que estaba cascando nueces sobre una piedra del zaguán. Mi madre me dijo que antes había habido reyes. En la escuela no se habla de ellos. «Que no se te ocurra mencionarlos, está prohibido.» Sobre las paredes, decoradas con tapetes de bolillos, había muchos iconos con marcos de cristal coloreado en azul o rojo. ¿Qué pasaba con los santos, con los ángeles, con Dios? ¿Dónde vivían? Iuri Gagarin había estado en el cielo y no se los había encontrado allí. Una vez vi en un libro un cuadro extraño: Jesucristo salía de una sepultura, a su alrededor había soldados romanos como los de los libros de historia, pero estaban aterrorizados, a punto de salir corriendo. «Mamá, ¿Jesús vivió en la época de los romanos?», pregunté. Mi madre no supo qué decirme. Tampoco sobre Jesucristo podía hablarse en la escuela.

Luego crecí. Ya no saltaba en la cama. El cuadro de Ada-Kaleh tenía cacas de mosca y se había abarquillado. El dorado del marco había desaparecido por completo. Las paredes pintadas con rodillo de goma no estaban ya de moda así que mis padres volvieron a pintarlas, de forma más sencilla esta vez: una sola línea de pintura en torno al techo. Este tipo de pintura se llamaba «espejo» y,

ciertamente, si contemplaba mucho rato el techo blanco, empezaba a distinguir en la escayola batallas y ciudades antiguas, dragones y mujeres de pechos desnudos, con una perla incrustada en el pezón. También me veía a mí mismo, un adolescente flaco, con los ojos negros clavados en el techo. Seguía jugando con la radio, había conseguido soltar el cartón agujereado de atrás y me entretenía viendo cómo, al hacer girar el botón amarillento de plástico, la bobina se deslizaba a lo largo de la barra de ferrita. Entonces se mezclaban voces y fragmentos de canciones en diferentes lenguas. La aguja se movía también a lo largo de los nombres de unas ciudades que —creía yo entonces— no visitaría nunca: Londres, París, Viena, Varsovia... A veces atrapaba las nostálgicas inflexiones de la canción de otra época, «Ada-Kaleh, Ada-Kaleh», pero cada vez con menos frecuencia y, en cierto modo, cada vez más lejanas. El programa «Moscú al habla» había desaparecido, perduraba sin embargo «Buenas noches, niños» y había comenzado a emitirse «La rosa de los vientos», un programa divulgativo sobre ciencia. Fue ahí donde oí hablar por primera vez sobre el gran proyecto de la central hidroeléctrica en las Puertas de Hierro, que sería construida por la República Socialista de Rumanía y por la R. S. F. de Yugoslavia precisamente en Cazane, en el lugar grandioso y aterrador en el que el Danubio discurría como una cascada horizontal. También supe del pantano que alimentaría a la colosal central hidroeléctrica, de sus gigantescas esclusas, de la sala de turbinas subterránea, de las dimensiones sin precedentes de las hélices. Descubrí que la amistad fraternal entre los

dos pueblos socialistas vecinos había llevado a la puesta en marcha de ese proyecto audaz que aseguraría la mayor parte de las necesidades energéticas de ambos países. Sin embargo, no oí decir que la ciudad de Orşova fuera a desaparecer bajo las aguas. No supe tampoco que la isla Ada-Kaleh, que pululaba por mi imaginación mucho antes de conocerla de verdad, sería habitada a partir de entonces por peces gato y esturiones en el fondo limoso del pantano. Finalmente conseguiría viajar, gracias a un vuelco histórico inimaginable por aquel entonces, a casi todas las ciudades (irreales, irreales como en Eliot) sobre las que se deslizaba la aguja de nuestra radio, pero nunca podría ver Ada-Kaleh, una isla real, todavía, por aquel entonces, real como la realidad misma, con cada brizna de hierba real, con cada grano de yeso del minarete cilíndrico real, con cada motivo del arabesco de la fabulosa alfombra —real, real y sin embargo traslúcida como todas las ciudades, las nubes, las mentes y los gusanos de ese mundo en ruinas—. La isla desaparecería bajo las aguas antes de que yo madurara, tal y como el timo se reabsorbe en el pecho al final de la adolescencia. Y tuvo que desaparecer para dejar de ser un mito de la infancia y pasar a ser un lugar concreto habitado por gente tiempo atrás.

La tragedia de la isla Ada-Kaleh, engullida por las aguas en 1970 como la tierra en el diluvio universal, se perfiló en mi mente después, en la década siguiente, cuando empecé a recopilar, de todas las fuentes posibles, datos capaces de hacer emerger de entre las olas, si no un mundo concreto, sí al menos un esqueleto en el que poder asentar mis fantasmas y mi nostalgia. Encontré

algunos artículos en unas revistas antiguas y unas cuantas fotos ahogadas en tinta que sujeté con chinchetas en el marco del cuadro que todavía «decoraba» mi habitación. Debajo, en la cama desfondada por los brincos de mi infancia, había hecho ya el amor con mis primeras novias. Aquellas chicas no habían oído hablar de Ada-Kaleh y no creían en su existencia fuera de mi mente de poeta famélico. Extenuado por las horas de sexo, flotando por la habitación como un globo blando, les contaba a todas la misma historia con el vergonzoso sentimiento de que me lo inventaba sobre la marcha. Pero la historia, a diferencia de nosotros, perdidos en el laberinto de las sábanas de Holanda, era verdadera.

Ada-Kaleh fue una isla del Danubio de dos kilómetros de longitud y algo menos de medio kilómetro de anchura. Se encontraba en un lugar llamado Cazane, donde el curso del río se estrechaba y las aguas pasaban por un desfiladero grandioso, entre rocas que se perdían en el cielo. El nombre lo tomó de las primeras fortificaciones construidas aquí, contra los turcos, por Iancu de Hunedoara. Cuando llegaron los turcos, la bautizaron «Ciudad-de-la-Isla» (Ada-Kaleh). Como los flecos deshilachados de la frontera entre los imperios otomano y austriaco pasaron con frecuencia por delante y por detrás de la isla, esta cambió muchas veces de nombre y de topología. En 1716 pasó a los mapas bajo el nombre de Carolina y luego, dado que Franz Joseph, huyendo de los turcos, enterró su corona en la isla (en el centro geométrico exacto del rombo rodeado de agua, como anotó el alquimista del emperador), el islote fue rebautizado «Corona». En 1717

Eugenio de Saboya construyó aquí una de las más modernas y más sólidas ciudadelas de la época. La isla solo estaba habitada por pacíficos escorpiones mediterráneos y serpientes inofensivas, de vientre amarillo, que se escabullían entre las hierbas. Un botánico húngaro descubrió en la isla de Ada-Kaleh dieciocho especies de plantas con flores que no existían en ninguna otra parte del mundo.

Solo tras casi un siglo de conquistas y reconquistas del bastión pudo la isla conocer la calma, así que unos cuantos centenares de prófugos —en su mayoría piratas— de un Imperio otomano en proceso de desintegración encontraron refugio entre las ruinas de la ciudadela. Eran turcos, kirguices, árabes, persas, desavenidos por la lengua y unidos por la fe, que, a lo largo de varias décadas, levantaron la aldea que más adelante engullirían las aguas. Se dejaron de arrebatos belicosos y se hicieron vendedores de delicias turcas y *suciuc*,² fabricantes de *braga*³ y artesanos del latón, cultivadores de tabaco o, simplemente, pescadores. Llevaron a sus mujeres envueltas en velos para que les acarrearán el agua en cántaros, sobre la cabeza, y para que criaran a sus hijos. Cuando sucumbió el «Enfermo de Europa», la isla turca se independizó de la madre patria, y en 1922, a través de un plebiscito, pasó a manos de la administración rumana.

Entre las dos guerras siguió una época de gloria, leyenda y magia pintoresca de la isla, bautizada a partir de

2. Dulce elaborado con mosto de uva y frutos secos.
3. Bebida tradicional elaborada con cereal fermentado.